VALIJA UNAMUNCRETA

UNA PROPOSICION QUE SERA UNA BOMBA

11 Julio 1945

Llevaba varias semanas sin ver a mi amigo el historiador-profeta. Lo encontré uno de estos últimos días en una céntrica esquina, con ese aire de incertidumbre y agitación característico de quien busca algo.

—¿Qué se le ha perdido a usted? —le pregunté.

—Se me ha perdido una calle de México... Antes estaba por aquí —me explicó.

—¡Extraordinaria aventura! —hube de comentar.

—Se me ha perdido la calle de Revillagigedo, a la que creo que han puesto otro nombre... ¡Ahora que empezábamos a conocer las calles de la ciudad! ¡Y pensar que les cambian los nombres cuando ya no vamos a tener tiempo para aprenderlos! Supongo que usted estará haciendo las maletas. Nuestra marcha parece cosa de días...

—¿Tan rápidas cree usted que van las cosas?

—Rapidísimas... Yo llevo unos días sin un minuto libre: reuniones, conferencias, discursos, entrevistas, comisiones, asambleas... Ahora sí que creo que vamos a llegar a la unión de todos, aunque haya que separar de una vez a quienes no se unan.

Observé tal agitación en mi amigo, que no me atreví a preguntarle qué clase de unión era la que se proponía lograr mediante tan radical separación. Mi amigo continuó:

—En este momento me dirigía precisamente a la reunión del nuevo grupo que hemos formado para unirnos todos.

—¿Han formado ustedes un nuevo grupo? ¡Original idea!

—Sí, señor; hemos formado un nuevo grupo llamado "Unión de Dispépticos Antifascistas de la Zona Centro en el Exilio"... La idea surgió cuando vimos que se habían unido los médicos refugiados... Si se unían los médicos ¿por qué no habíamos de unirnos también los enfermos?... El caso es unirnos...

—Me parece muy natural —asentí.

—La "Unión de Dispépticos Antifascistas de la Zona Centro en el Exilio" no va dirigida contra nadie. Ese es el primer paso para llegar a la unión de todos los dispépticos emigrados: los del Centro y los de Levante y los de la Zona Sur, y también los dispépticos vascos, catalanes y gallegos en el exilio. Una vez unidos todos los dispépticos, procuraremos luego la unión con los asmáticos, los nefríticos, los hepáticos, etcétera, de los distintos pueblos de España.

—¡Magnífico! —exclamé con sincero entusiasmo—. Como yo no soy más que un modesto reumático en el exilio, cuando llegue el turno de mi enfermedad, cuenten ustedes conmigo... Aunque algunos me creen reumático herético, heterodoxo y cismático, o, como decía mi viejo amigo el helénico Perkas, reumático griego, yo soy en realidad un reumático ortodoxo y disciplinado, enemigo de disidencias...

—Contaremos con usted —me dijo satisfecho— No esperaba menos...

—¿Y tiene usted buena impresión de cómo marchan las cosas? —interrogué, dirigiéndole la pregunta que es corriente estos días entre refugiados.

—¡Excelente impresión! —me respondió con acento optimista— Hemos visitado al doctor...

—¿Y qué? ¿Qué les ha recetado? —pregunté distraído, recordando quizás que se trataba de una agrupación de dispépticos.

—No lo hemos visitado como médico, aunque lo sea eminente —precisó mi amigo el historiador—, sino como político... Las cosas marchan a toda prisa... Y ahora voy precisamente a reunirme con mis correligionarios en dispepsia, para proponerles algo sensacional a fin de acabar de modo fulminante con el franquismo...

—Hombre; eso es interesante... Cuente... cuente... —indagué, intrigado.

—Pues verá usted... —explicó mi amigo— No quiero negarle que, a pesar de mi aparente y entusiasta optimismo, en el fondo soy algo escéptico acerca de la eficacia de lo que podamos hacer aquí en el destierro para derribar a Franco... Nos unimos todos... ¿y qué?... Franco continúa en el poder... Se acuerda en San Francisco excluir a Franco de la comunidad internacional... y Franco tan fresco... Ganan las elecciones los laboristas en Inglaterra... y deja el gobierno Churchill... pero no Franco... Le atizan los "Tres Grandes" en Potsdam un puntapié en el trasero... Y él como si nada... Claro que todos esos hechos debilitan su posición, le hacen vacilar, le quitan tierra de los pies... Son golpes duros, que difícilmente soporta... Pero creo que hay que hacer algo más enérgico, directo y eficaz... Hay que darle en España el golpe definitivo...

Titubeó mi amigo unos instantes, y luego me preguntó en tono misterioso:

—¿Promete usted guardarme el secreto?

—Se lo prometo —contesté solemnemente.

—¿Ha leído usted la información relativa a ese invento de la bomba atómica? —volvió a preguntarme, descorriendo ya algo el velo del misterio.

—Empiezo a comprender...

—Creo que, en fin de cuentas, no hay otra solución para darle el golpe decisivo... —explicó, entrando en detalles— Reunir en cualquier lugar deshabitado de España, para ahorrar víctimas inocentes, a Franco con todos los falangistas, requetés, obispos y generales que le ayudaron a arrebatarnos la República... y ponerle al Caudillo, con disimulo, una bomba atómica bajo del asiento... Dicen que esas bombas no son muy grandes...

—¡Formidable y patriótica idea! Pero ¿tiene usted la bomba?

—De eso se trata: de tenerla. Mi proposición consiste en que se nombre un comité con representantes de todos los partidos y organizaciones políticas y sindicales, encargado de recaudar fondos para comprar una bomba atómica en los Estados Unidos.

—¿Y tienen ustedes pensado quién podrá presidir ese comité?

—Naturalmente... ¿Quién va a ser?... Hasta ahora no se ha negado a presidir ningún comité...

—Tiene usted razón... No había pensado... Pero se necesitará reunir mucho dinero para comprar una bomba atómica... ¿Cuánto cree usted que costará?

—Todavía no tengo idea... Los estudios y experimentos para inventar ese terrible explosivo han costado dos mil millones de dólares... Pero supongo que cuando los americanos se pongan a fabricar esas bombas en serie, las podrán dar bastantes baratas... Pasará como con los Fords... La bomba, como usted sabe, es mucho más poderosa y devastadora que las de trinitrotolueno, y contiene trillones de átomos... Ahora, eso debe ser caro, y supongo que acaso resulte casi a tostón la gruesa de átomos... Pero luego ocurrirá como con la penicilina, que ya venden las cien mil unidades a precios razonables en todas las farmacias de refugiados... Y en último caso, pediremos dinero a la C. A. F. A. R. E....

—Pues cuente usted con mi modesta aportación... Pero ¿quién va a colocar la bomba debajo del asiento de Franco, el día de esa gran concentración falangista?

—¿Quién?... Ahí está todo el problema...

En ese momento, como si tratase de resolverlo con el auxilio del cielo, levantó la vista mi amigo, y dieron sus ojos con un letrero que decía: "Calle de Belisario Domínguez Sur".

—¡Ajajá!... —exclamó— ¡Esta es la calle de Revillagigedo!

Y despidiéndose con prisas, marchó corriendo mi amigo el historiador-profeta a reunirse con los "Dispépticos Antifascistas de la Zona Centro en el Exilio", para presentarles su sensacional proposición, que yo comunico a los lectores con carácter estrictamente confidencial.

EL VALIJERO.

A.P.C.E.
SIG.:
1.2e/1112